

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

5 de mayo de 2002

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

En este Evangelio nuestro Señor nos enseña que debemos pedirle al Padre en su nombre y que todo lo que sea pedido así se nos concederá. De otra parte nos revela el gran amor que nos tiene el Padre por haber creído en nuestro Señor. Esto nos debe servir en nuestra vida espiritual hoy más que nunca para comprender la necesidad del verdadero culto a Dios. Pedirle en el nombre de Cristo Jesús. Luego, quedan desechadas todas esas oraciones que no son, porque sencillamente no cumplen este requisito. Y la condición es que se hagan en el nombre de Jesucristo que es el Verbo de Dios, es la Palabra de Dios hecha carne, la Revelación del Padre.

No hay otro camino que el nombre de nuestro Señor Jesucristo, no hay otra vía, no hay otro modo de santificación. Eso hay que comprenderlo hoy, cuando el ecumenismo convalida toda oración, toda religión y vemos que precisamente eso está en oposición directa con el Evangelio. Por tanto, son herejías que pululan y la gente las acepta de buena fe; por falta de instrucción y vigilancia de los sacerdotes y el clero se dejan correr y después es difícil echar para atrás. Pero esa es la realidad, si no se pide en el nombre de Cristo no hay oración, eso es tajante. Eso nos muestra el gran error que impide la santificación de la gente, porque uno no se consagra si no es en la palabra y en el Verbo de Dios, en Jesucristo.

Pensar que uno se va a santificar sin doctrina es absurdo, es una falsa piedad, una falsa concepción, es ignorancia. Y por eso nuestro Señor lo advierte y les dice a los apóstoles: "Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre". Qué diría hoy el protestante, "alabado el Señor, aleluya", Buda, Mahoma, ¿en dónde quedan? en nada, cero. Tiene que ser en Jesucristo y no busquemos, no hay más; si no pensamos así, no somos católicos, porque Dios es exclusivo.

Su religión y la Iglesia son exclusivas, al igual que el matrimonio que es imagen de la Iglesia. Pero ahora todo es concubinato, todo es arrejuntamiento. De allí viene el desorden moral, la gente no tiene la imagen de la exclusividad de las cosas, de Dios y de la religión, de la verdad y del matrimonio; todo se convierte en una pachanga donde cada uno baila al son que más le gusta y eso no es así, es un vil engaño del infierno y cuando nos sacuden y nos hacen ver la verdad, no nos gusta. Entonces ¿qué queremos?. "Que la verdad sea como a nosotros se nos antoja, como se nos venga en gana; Dios y la Iglesia son como yo quiero".

Pues eso es modernismo, capricho idolátrico, erigirme en Dios, ese es el culto al hombre, es todo lo que queremos y es abominable. Y si deseamos ser fieles tenemos que darnos cuenta para no caer, para no sucumbir en el error, en la fantasía, y para que podamos ser verdaderamente oídos del Padre, que nos ama como nos dice nuestro Señor y no hay necesidad de que Él tenga que pedirle. Vuelve a demostrarnos que es Dios quien primero nos ama; todo lo que somos es por su amor, si no, no existiríamos. Y por eso no hay necesidad de que nuestro Señor le pida al Padre.

Pero hay un motivo por el cual nos quiere también y nos lo dice nuestro Señor: “Porque habéis creído que Yo he salido de Dios”, es decir: “Porque habéis creído que Yo soy Dios”, la divinidad del Verbo.

Entonces no es un amor, como lo puede pensar el mundo de hoy si no el verdadero amor basado en Dios

Y ahora díganme: ¿quién ama a Jesucristo si no es católico?, ¿lo ama un judío, lo ama un budista, un mahometano, un pagano o un hereje? Imposible, ese amor es exclusivo. Entonces ¿qué pasa? He allí el dilema, ese amor que hoy se predica no es el verdadero porque no confiesa la divinidad de nuestro Señor, el que no la confiesa no cree que Él ha salido de Dios, no cree que Él es Dios.

Los arrianos negaban la divinidad de nuestro Señor; “es un gran hombre, sí, como supermán, pero no es Dios; es un gran profeta, pero no es Dios”. Entonces el amor del Padre se refrena, se reprime cuando no hay esa correspondencia en la divinidad de nuestro Señor y ¿por qué? Porque Él es la palabra y el pensamiento del Padre; ¿cómo un hijo va a querer a su papá si no cree en lo que él dice, en su palabra?; ¿le ama? Pues no, y si esa palabra en Dios es el Verbo, con mayor razón. Hay toda una lógica que se debe saber armonizar para darnos cuenta de cómo en el orden sobrenatural y en el de la Revelación hay una estructura que respetar con fe de católicos, y como hijos de ella ser aceptos a Dios y corresponder al amor de Dios y no a cualquier profanado, como creen hoy que es la caridad que está adulterada.

Por eso en el Antiguo Testamento, cuando las personas no eran tan delicadas de oído sino que se decían las cosas crudamente como son en realidad, con decencia, pero con crudeza y no con esa hipocresía que no los deja decir la realidad, para que después, por debajo, haya toda una corrupción. En el Antiguo Testamento esa perversión de la caridad divina, del amor de Dios siempre fue simbolizada, expresada por la del amor conyugal; está tan lleno este Testamento Testamento de esas expresiones que hasta hace casar a un profeta con una prostituta para mostrar el dolor de Dios por su pueblo prostituido, que no corresponde, como una mala mujer que se va con cualquiera; eso es palabra de Dios y no mía.

Miles de ejemplos hay tanto en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo, en el Apocalipsis: es una mala mujer, una ramera quien está simbolizada; en San Juan, una fornicadora, es decir, la gran prostituta y lo dice este apóstol, pero es preferible que Dios nos muestre esas imágenes para que nos demos cuenta y no caigamos tragándonos el cuento, y ello hipócritamente vivimos en el pecado y somos sucios de corazón, porque no hay pureza en él; ese es el escándalo farisaico. Vale la pena entonces que nosotros como católicos nos percatemos de lo que pasa, porque hoy no abunda el catolicismo, sino otra religión, otro concepto, otra noción de las cosas; pero no Dios, no se está acorde con la religión, ni con el Evangelio, ni con la Iglesia, pues muchos vestidos de la autoridad de la Iglesia predicán lo contrario a ésta.

Eso es lamentable y triste, los falsos pastores, los mercenarios, esos son amados del mundo, porque son de este orbe; en cambio el verdadero pastor es odiado, nadie lo quiere porque a casi nadie le gusta que se le diga la verdad, por el orgullo que llevamos dentro.

Debemos analizar la crisis actual de la Iglesia a la luz de la fe. Ésta está hoy dividida y así no puede ser la verdadera, porque la Iglesia es una, inconsútil, como lo era la túnica de nuestro Señor; y los verdaderos católicos debemos estar unidos en la verdad, en nuestro Señor Jesucristo y en la Santa Misa. Es un factor de separación la nueva misa y ocasión para un nuevo cisma que está partiendo el corazón de la Iglesia; se está crucificando de nuevo a nuestro Señor Jesucristo como lo fue por los fariseos, por los sacerdotes y por el sumo sacerdote Anás y Caifás, quienes eran las autoridades religiosas más importantes.

Todo eso tiene significado y peso y hay que tenerlo en cuenta para guardar la fe, para nuestra santificación, para corresponder al amor de Dios Padre, para pedirle en el nombre de Cristo Jesús. No hay ningún otro salvador, no hay otro rey, otra verdad, otra Iglesia, otra religión, otro Dios.

Pidamos a nuestra Señora, la Santísima Virgen María, comprender estas cosas a la luz de la fe, del Evangelio; que las pongamos en práctica en nuestra vida y ejercer así el verdadero apostolado de instruir a quien no sabe y no solamente a los sacerdotes, sino a los fieles. Enseñar el catecismo no únicamente a los niños sino a todo aquel que lo ignora, incluso gente adulta. Y éste no se reduce al Ave María, al Padre nuestro y a los diez mandamientos, es esto y mucho más; necesitamos hoy mucha doctrina para poder seguir siendo fieles y amar verdaderamente a Dios en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de la santa Iglesia católica. Invoquemos a nuestra Señora, la Santísima Virgen, que Ella nos ayude como abogada y no nos perdamos en el lodazal de este mundo y sobre todo en el actual que más corrompido que nunca. +